

# Crisis ideológica de la democracia liberal: representación social y legitimidad política

**Álvaro B. Márquez-Fernández**

*Centro de Estudios Sociológicos y Antropológicos (CESA)*

*Facultad de Ciencias Económicas y Sociales.*

*Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela.*

*amarquezfernandez@gmail.com*

## RESUMEN

*El intento por democratizar el poder pasa por el sentido de legitimidad que se adhiere al poder a través de la praxis colectiva que activa la ciudadanía en el logro de sus beneficios económicos y satisfacción de intereses sociales. Se pudiera afirmar que en eso consiste el esfuerzo pragmático de un discurso acerca de la política que ideologiza la representación social del poder considerado como un “poder para y de todos”. Sin embargo, el proyecto por alcanzar una democracia popular que garantice el uso equitativo y justo del poder no está exento de riesgos o contradicciones; sobre todo, cuando se trata, precisamente, de ampliar las bases materiales del poder a partir de los sujetos, actores, movimientos, que pugnan por la dirección hegemónica de la política.*

*Palabras clave: Democracia popular, poder, representación social, legitimidad política, praxis revolucionaria, conciencia de clase.*

## Ideological Crisis of Liberal Democracy: Social Representations and Political Legitimacy

### ABSTRACT

*The attempt to democratize power goes through the sense of legitimacy adhering to power by way of the collective praxis, which activates citizenship in the achievement of its economic benefits and the satisfaction of social interests. One could state that in this consists the pragmatic effort of a discourse about the politics that ideologizes the social representations of power considered as a “power for and of all.” Nevertheless, the project of reaching a popular democracy that guarantees the equitable and just use of power is not exempt of risks and contradictions; above all, when trying, precisely, to broaden the material bases of power, parting from subjects, actors, movements, which fight for the hegemonic direction of politics.*

*Key words: Popular Democracy, Power, Social Representation, Political Legitimacy, Revolutionary Praxis, Class Consciousness.*

## Introducción

### 1. La crítica dialéctica a la representación social de la democracia neoliberal

Desde la perspectiva de la praxis social, el desarrollo democrático de una sociedad que tienda a la equidad y la justicia, permanentemente está comprometiendo el valor de los valores democráticos a un plexo de juicios políticos. La mayoría de las veces apunta a un proyecto de intervenciones sociales que definen la perfectibilidad de la democracia como un sistema de poder que sirve de garantía para todos en el ejercicio práctico de sus derechos ciudadanos.

Las posibilidades de un programa de participación social que implica la creación de un espacio de poder deliberativo y consensual, es una de las principales tendencias liberales de la formación política del Estado capitalista. Se trata de otorgar a la ciudadanía un status de suficiente legitimidad jurídica que haga posible las tolerancias del uso del poder en cualquiera de sus modalidades.

El eje central de esta concepción del poder político, por parte del Estado, se debe a que en la ciudadanía reside ese espacio de representación social donde se concibe a la democracia como una instancia de la que depende necesariamente la realización del poder político. Al parecer, ninguna otra posibilidad puede hacer viable ese momento de concreción de

la democracia representativa por medio del formalismo jurídico, que sirve de reclusión y justificación al poder político en su búsqueda por la gobernabilidad.

Así, entonces, la democracia en su perspectiva liberal es un espacio de alianza de las fuerzas sociales, que la dinamizan en la construcción de un poder que se origina por medio de una norma legal que hace posible direccionar las pautas de intervención social del Estado (Gallardo, 1989), hacia relaciones de formación ciudadana con el interés de organizar las fuerzas de esas relaciones en sistemas de intercambios con fines compartidos. Pero si nos aproximamos a la estructura de coacción normativa podemos observar con cierta claridad que el ejercicio regulador del Estado se sobre pone al activismo público que debe realizar el ciudadano, para declarar el sentido de su participación social en el desarrollo de la política.

La democracia formal tiene que reforzar su legitimidad a través de las leyes que le sirven de soporte; mucho más, si éstas son, en algún momento de crisis y conflictividad, objeto de desobediencia o crítica, ya que el sistema de participación se basa en el supuesto empírico de que la ley es capaz de juzgar y modelar la praxis de la intencionalidad subjetiva de los ciudadanos, para poder llevar a fin el cierre del sistema de participación y coexistencia política.

Por el lado del consenso, este tipo de democracia busca a través de los códigos,

símbolos y discursos de la representación social la fabricación de un corpus ideológico con suficiente retórica que le haga factible la persuasión del otro, en un tipo de condicionamiento social que cumpla con la misión de adherir la conciencia de clase de un colectivo segregado o subordinado, a los intereses hegemónicos de las clases que se agrupan y decantan en el ejercicio político del poder. Por el lado de la legitimidad, la democracia responde políticamente a la dirección del partido que asume el poder en afinidad con las clases aliadas, pues debe valerse de una organización lo más centralizada posible de las fuerzas de poder con las que la legitimidad define sus sostenibilidad, siempre y cuando el poder de sus representaciones sea capaz de minimizar los permanentes procesos de crisis que sufre el Estado en su empeño por hacer prevalecer el orden normativo sobre las subyacentes resistencias o rebeldías, enfrentamientos o descatos, por parte de aquella esfera de la ciudadanía que intenta resistir a las representaciones del orden legal.

Se trata, por consiguiente, de evaluar para diagnosticar, en el transcurso de las acciones o praxis sociales que se desarrollan en el marco de la institucionalidad, esos otros escenarios de movilidad política que logran instituir los sectores que acogen diversos tipos de resistencias desde las pasivas o activas, y que vienen a demostrar que la estabilidad de un sistema basado en prácticas hegemónicas siempre tiende a profundizar la conflictividad que sirve de contenido a la orientación centralista del poder.

Desde esta perspectiva, es decisivo para un análisis de la crisis estudiar esta estructura orgánica de la hegemonía del poder (Márquez-Fernández, 2011), que no cesa de acentuar un eje o núcleo de cohesión que permita, al interior del orden democrático, caracterizar el poder de interacción e intercambio entre la ciudadanía identificada con los roles de la democracia social y los derechos políticos.

En ese intento por concentrar el poder entre quienes forman parte directa de su representación y que logran el consenso y la participación de otras clases, hacia la unificación de un poder con varias direcciones de mando, es que la democracia representativa o liberal, justifica el sentido de su existencia y se proclama como la única vía que hace posible esos derechos a la pluralidad de participación a través de los que el Estado logra cumplir con su misión de interventor, en aras de la unificación de los respectivos espacios de vida, opinión y crítica.

La diversificación del poder respecto a las demandas de participación social en la gestión pública del poder, puede explicar la manera en que los espacios de la representacionalidad institucional del Estado se van desarrollando a través de mediaciones discursivas que promueven y estimulan que la participación en este tipo de orden democrático está suficientemente garantizada, sólo si los ciudadanos son capaces de adoptar y cumplir con las normas establecidas que

sirven de conductores para la obtención de poder y su inserción en las estructuras del Estado.

La presunción de que tales accesos al poder son procesos de participación ciudadana, efectivamente, resulta de un ejercicio práctico de las libertades políticas que le permiten al ciudadano abrirse camino entre las estructuras que administran esos poderes, es decir, una interacción que puede favorecer la inclusión de la ciudadanía en la toma de decisiones que van a direccionar al Estado en bien de los intereses de la colectividad. Sin embargo, ese acceso de carácter inclusivo provisto por la práctica política del poder de la ciudadanía no se encuentra directamente vinculado con la formación y desarrollo de las estructuras elitistas de clases del Estado (Dierckxsens, 1998), un rol que no delega el Estado cuando se trata de compartir su autonomía respecto de otros poderes ciudadanos o colectivos que se registran en la sociedad de clases, pues, se trata de que ninguna alianza de poderes entre en contradicción con el orden establecido.

Tenemos, entonces, una interesante perspectiva de análisis sobre el tipo de concepción de lo que es la democracia que se difunde a través de un Estado liberal, cuyas insuficiencias para lograr satisfacer cualquiera de sus principios de identidad social o reconocimiento político, nos permiten explicar que las trazas del poder están, desde su origen de clases, asociadas a las relaciones políticas

de la producción económica que regulan objetivamente la inclusión o exclusión del otro, a través del mercado.

Por consiguiente, no es suficiente la categoría de participación a través de los poderes públicos, ya que en estas democracias liberales para poder realizar su ideario político necesariamente deben mantener la hegemonía sobre el corpus social en su totalidad, a los fines de reducir las disensiones o reivindicaciones que se solicitan desde los grupos o colectivos insurgentes que buscan en esas posibles aperturas la participación directa por medio de su representacionalidad social e institucional. Si fuera este el caso, entonces, la crisis de las democracias liberales puede ser superada rápidamente, a través de ese acceso al poder donde se sitúa al opositor o adversario con el propósito de absorberlo a los intereses de la hegemonía que en ningún modo vienen a favorecer su liberación del sistema.

## **2. Representación ideológica y discursos políticos de las crisis de la democracia**

La crisis de la democracia liberal es necesario interpretarla como un déficit de fuerza en los campos de relacionabilidad de su estructura ideológica. En ese sentido, la legitimidad de la democracia se fractura de forma recurrente en las prácticas públicas de la representación social, al carecer de una temporalidad unidireccional que le haga posible prede-terminar todas las variaciones por medio

de las cuales el sistema de represión hace su curso. Es decir, la trama ideológica o la dirección del sentido por medio del que la ideología se impone, no siempre resultan compatibles con el orden de coacción sociopolítico que emergen en las instancias de la vida cotidiana, siempre mediadas por el campo simbólico del consumo y del mercado.

La brecha entre la realidad concreta de las relaciones sociales de la producción y los procesos de aceptabilidad y confort que se promueven hacia el campo de las necesidades e intereses, se hace manifiesta en la medida en que el ciudadano deja de reconocer el vínculo asociativo y de correlación con el que se encuentra subordinado o alienado. Ese momento e instancia de insuficiencia identitaria con el sistema ideológico, lo estimula a optar por su auto-reconocimiento como sujeto (Hinkelammert, 2006), que puede lograr desde su entorno al revertir poco a poco el sentido de control de la hegemonía, si se reconoce como alguien que debe aprender a admitir aquellos valores, representaciones y prácticas que representan su mundo de vida, y recuperar cualquier ejercicio de crítica que pueda activar su autonomía de sujeto para la realización personal.

La condición material de la crisis de la democracia liberal, se la puede situar en este espacio de desintegración política de la identidad que sufre el ciudadano en el campo de la representación social donde, además, se intenta preservar el discurso

ideológico con el objetivo de mantener la legitimidad del poder hegemónico. Precisamente, ese rol de consensualidad que produce la ideología entre quienes son motivados para acceder al Estado y participar del poder, va a determinar el corpus social de la alienación simbólica que vive el ciudadano frente al poder constituido a través de la legalidad de las normas, que siempre funcionan como fuerzas coactivas en su intento irrevocable por delimitar el control social de la norma por parte de sus ejecutantes; es decir, los actores políticos de las clases sociales y sus alianzas.

La insuficiente fuerza del corpus ideológico para mantenerse en el tiempo de cara a las crisis orgánicas del sistema, nos permite plantear esta hipótesis que apunta a la fragmentación permanente de un espacio de cohesión simbólica que se transforma en relación directa de acuerdo a la complejidad de la crisis, según resulte lesionada por la pérdida de legitimidad del orden político.

En razón de la profundidad de la crisis de legitimidad, entonces, las coordenadas de sumisión en las que se encuentra el ciudadano pierden esa plasticidad de la representación social de la ideología, ya que puede hacerse emergente o evidente la coacción y represión del sistema político de un modo más directo a la conciencia social ahora desrepresentada por la acción crítica del ciudadano, tradicionalmente cohibida por los procesos de consumo e intercambio.

Se propone que esta es una relación de complemento entre la ideología y su relación con la legitimidad política del sistema, que pasa por la representación social de las formas del consumo y el intercambio; precisamente, porque es en ese espacio de interacción ciudadana donde se reproducen las mediaciones que radicalizan las formas de alienación social y política que va a definir la consensualidad en el espacio de la ciudadanización (Martín Barbero: 1987).

Resulta de mucho interés este plano del análisis, porque esta conexión o enlace entre estos espacios de poder de la democracia liberal, se entrecruzan y tejen, en las sociedades de masas, cada vez más tecnificadas a través del discurso con el que la política se expresa, en especial a aquellos grupos, colectivos y clases subalternas, que se encuentran situados e insertos en las trazas del poder de la representación social de la ideología. Por otra parte, es de innegable valor la función de cohesión ciudadana que, a través de los discursos políticos que declaran la crisis de la democracia, construyen las subjetividades necesarias que son proclives a la aceptación de las formas de legitimidad que intentan invisibilizar las contradicciones del sistema político.

Las nuevas dimensiones del espacio de control ideológico se crean y recrean a través de los discursos políticos y sus respectivos mensajes legitimantes, que reiteran de un modo muy puntual que del reconocimiento de la crisis de la de-

mocracia, se puede pasar a una tautología e impide invalidar la concepción de la democracia liberal que ha demostrado su insuficiencia para desarrollar más participativamente los roles de integración y cooperación entre los ciudadanos, toda vez que es competencia y compromiso de una ciudadanía deliberativa, opinar y dialogar acerca de las relaciones de poder que alimentan las relaciones democráticas.

En tal sentido, se puede entender que esta crisis cada vez más estructural de la democracia liberal tiene su fundamento en una desarticulación ideológica cuyo vencimiento en el tiempo es cada vez más inmediato, y que será tarea del discurso político manejar una pedagogía que permita inducir comportamientos de adhesión a los principios formales y universales de la perfectibilidad democrática, sólo si todos se reconocen incluidos en los procesos de participación que se promueven desde la representación social de la ideología.

El liderazgo partidista, en la construcción de ese rol democratizador que sugiere la inclusión del otro, una ciudadanía que se presenta marginal, tiene como tarea organizar las relaciones de fuerzas disidentes en torno a unos fines comunes que terminan ideologizados por las clases hegemónicas en el poder. La lucha resulta más pertinente, por tratarse del ámbito de las representaciones ideológicas, en la experiencia discursiva de las ciudadanías y su capacidad comunicacional para participar en los roles de la política.

Se traslada a este espacio de interacción pragmática la significación comunicativa del sentido del poder por medio de la representación ideológica que promueve el Estado neoliberal, para lograr las adhesiones suficientes en su intención por universalizar el consenso. De modo que es a través del discurso político que se va a reproducir este nuevo escenario de poderes donde incluso las fuerzas alternativas que se promueven contra el sistema, quedan orientadas por el interés compartido de formar parte en la resolución de las intermitentes crisis de la democracia liberal. Visto así, este plano de la sociedad neoliberal, es lógico interpretar el rol de socialización que cumple el partido político en la reorganización permanente del campo de las ideologías y en las resignificaciones que debe sufrir este modelo de democracia formal para no perder su actualidad hegemónica.

### **3. El poder de las democracias populares y las alternativas a las crisis**

La dirección política de la sociedad se logra a través del control representacional de los discursos políticos; entonces, la reproducción ideológica del consenso viene a validar el interés de la sociedad capitalista por abrirse discursivamente al diálogo con los otros, pues es a través de las lógicas mediáticas de ese diálogo que el control de la representación social favorece por completo el dominio tecnológico del que dispone la sociedad

neoliberal para “democratizar” la producción simbólica y de sentido que debe definir a los poderes políticos y al Estado.

Es, sobre todo, por medio de los discursos políticos de los partidos políticos, que se logra repolitizar a las ideologías para darles la actualidad histórica de la que el poder toma directamente su sentido de fuerza y control. La relación intersubjetiva entre la representación social de la ideología y la pérdida de legitimidad política (Lechner, 1999), se hace evidente a través de las relaciones de poder que se tejen entre las alianzas de clase que aspiran a formar parte de la hegemonía, y las diversas luchas de clase que se suscitan cuando en el intento por obtener el poder, otros actores o movimientos sociales, son capaces de oponerse y desconocer los controles sociales del poder político que norma el Estado. En este plano de la participación ciudadana es donde se refleja la aguda conflictividad que genera la crisis orgánica del sistema, que ya no es meramente crisis institucional de la representación del poder sino crisis pública del poder invalidado por las praxis contestatarias de la ciudadanía que no se reconoce en las identidades discursivas de las ideologías dominantes.

Los movimientos disidentes de las clases sociales subordinadas, son las fuerzas detonantes que colocan en la realidad social las insuficiencias del poder político para ejercer la gobernabilidad a través del Estado (Miller et al, 2006). La vulnerabilidad de la representación

social de las ideologías permite situar a las fuerzas sociales emergentes en una condición de mando, donde el discurso emancipador de esas fuerzas sociales radicaliza la fuerza en un conjunto de acciones directas donde el sentido de la fuerza se logra sólo cuando ésta se concreta en puntos de presión donde la cohesión del sistema de dominio o represión, sufre la crisis de representación ideológica del orden democrático.

Es una crisis semántica del discurso, pues no es posible sostener el sentido de unificación que se promueve con la participación, a la vez que controlar el poder hegemónico de las clases. Al cambiar de espacio las fuerzas emergentes contrarias a las crisis democráticas, estas fuerzas alternativas pudieran caer en la trampa de la representación social de la ideología que busca insertar en un modelo clasista a las clases subalternas para compartir el poder. Se trata, precisamente, de advertir que la contradicción es irresoluble desde este punto de vista puesto que lo que resulta es un usufructo del poder transformador del sujeto histórico de las clases subordinadas, en bien de una inclusión que se preestablece desde el campo de control hegemónico.

Los resultados son desalentadores pues ello implica una paulatina desaparición de la praxis revolucionaria y liberadora de las clases subalternas, en términos estratégicos. Pero se trata, en consecuencia, de interpretar la crisis política del sistema como una consecuencia de la

crisis democrática que vive la sociedad neoliberal a causa de su insuficiencia para compartir el poder a través de la ciudadanía, y no únicamente a través de las formas discursivas de los partidos políticos. El auténtico momento de interacción política proviene de las subjetividades del poder político cuando éste se legitima desde las praxis populares de todas las clases políticas (Acosta, 2005). Es decir, se trata de interpretar que los roles de la política se cumplen más democráticamente desde los intereses y necesidades de la población, de la ciudadanía o pueblo.

La implosión comunicacional de los discursos políticos alternativos o emancipadores, al tratar el poder desde el espacio público de las praxis ciudadana, se toma como principio de legitimación del poder el reconocimiento del poder como un correlato de la fuerza que es asumido desde la integración social de la ciudadanía. No en correspondencia con la representación social que hace la ideología, o mejor, el discurso ideológico, de quienes aceptan las relaciones de fuerza de las alianzas para validar el sentido anárquico y antidemocrático de los poderes políticos y que transforman a la ciudadanía en un “sujeto” de orden, obediencia y pasividad.

El depositario de este poder compartido es el pueblo como único sujeto de reconocimiento a través de una identidad política igualitaria. Esto concuerda con el pensamiento dialéctico. Poco a poco

se va decantando la insurgencia de un actor, sujeto y movimiento social que se hace más amplio en el escenario público de los poderes y sus representaciones sociales (Quesada, 1991), porque estos sujetos emergentes representan procesos de participación política que resultan como consecuencia de una toma de conciencia crítica puesto que la definición de poder pasa por una praxis humana, donde el principio de responsabilidad conecta a esta conciencia con el sujeto poseído o apropiado.

Por consiguiente, la noción de poder y fuerza queda instituida de un modo más dialéctico y menos unidireccional, por el poder entre o con otros, libera al poder de la concepción neoliberal de la sociedad capitalista de un eje central o controlador, único o hegemónico. El poder, mucho más que cualquier referencia teórica universalista y en consecuencia metafísica, resulta factible e irrenunciable porque es un resultado popular y plural entre la diversidad de sujetos libres y autónomos. Aspectos y premisas que obviamente refutan como sin sentido o irracional, desde el plano apriorístico o de nomenclatura, el pensamiento y la conciencia de clase hegemónica.

Lo que está en el fondo del análisis es recrear desde la hermenéutica existencial, la situación de contexto donde reside él o los sujetos que se insertan en las actividades de poder del poder de la política. Asumir correlaciones de fuerzas, aun entre las clases, en especial las subordinadas,

viene con toda seguridad, a decantar y refinar aspectos intelectuales y aún de la vida cotidiana, que contribuyen a la creación y constitución de espacios públicos siempre orientados a la construcción de una metáfora del poder, que permite interpretar la inclusión o participación de todos o la mayoría, en el desarrollo subjetivo de los sujetos del poder.

La democracia social y pública, es decir, esa democracia material que a todos compromete, llega a un *terminus* donde sólo es posible concebir e interpretar el uso político del poder en bien de todos, si se considera la praxis del poder como la fuerza para transformar la realidad desde la libertad que compromete a otros, en espacios de interacciones comunicativas que parten de un praxis emancipadora del discurso como fuente de legitimación, que en ningún momento encubre las posibles crisis orgánicas de la democracia.

Las alternativas a las crisis de las democracias neoliberales, resultan de una comprensión muy crítica acerca de la forma y contenido de este singular tipo de crisis que tienen su origen, tal como se ha afirmado, en la insuficiencia ideológica de la representación social para legitimar el sistema político de un Estado hegemónico.

La interpretación de la crisis pasa por una desideologización del discurso político de los partidos y una preocupación por escuchar el diálogo político que surge de la pluralidad ciudadana, donde no

es posible considerar la identidad de la ciudadanía sin estimar el valor de los contextos de vida de la ciudadanía. Sostener este punto de vista o hipótesis es delegar en el pueblo las fuerzas políticas de la democracia social que tiene en la ciudadanía su sujeto histórico (Hinkelammert, 1998).

Los cambios posibles están a la vista si observamos el tránsito que se avecina en las sociedades neoliberales que se encuentran saturadas organizacionalmente por un campo de la coacción política que intenta dar respuestas a las crisis económicas en su esfuerzo por salvar los beneficios del capital. Por supuesto, es una tarea de la representación social de la ideología minimizar o neutralizar la conflictividad de la crisis a través de un discurso político de la crisis que manifiesta abiertamente que la perfectibilidad de la democracia está en curso por medio de la inclusión del otro en las gestiones de control hegemónico. Sin embargo, la emergencia de los movimientos sociales antisistema de naturaleza marginal o subordinada, son los que se encuentran produciendo el campo de la significación donde otro sentido de la política puede ser develado por la responsabilidad que tiene el sujeto de que su proceso emancipador sea colectivo y plural.

#### **4. Las praxis revolucionarias del discurso contrahegemónico**

Las posibilidades de una emancipación de la esfera de la representación social

de las ideologías, surge, entonces, de los tiempos fragmentales y complejos de la crisis de la democracia neoliberal que no es otra cosa que la pérdida de legitimidad del sistema de identidad y reconocimiento de la hegemonía.

Los intentos por recapitalizar la vigencia ideológica de las representaciones sociales del poder de las clases dirigentes, a través de los discursos políticos nos permite comprender el poder de la política neoliberal por hacerse presente una vez más en los imaginarios populares (Salazar et al, 2007). La fuerza de la clase y sus aliados, se refuerza y se unifica, a través de ese escenario posible de reagrupación inductora en los sectores de las clases subalternas. Sin embargo, la crisis de la democracia ha sido mucho más profunda de lo que se observa en el desarrollo institucional de la sociedad de clases, ya que esta crisis ha llegado a erosionar el campo de las libertades públicas con las que se consagraba la legitimidad de los poderes políticos del Estado.

A partir de entonces la crisis ha succumbido a la insuficiencia de fuerzas coactivas para mantener el sistema en el tiempo. La quiebra y diseminación del rol hegemónico de la ideología ha puesto de relieve al sujeto de la praxis política desde una perspectiva que hace objetiva su presencia a través de un tipo de actuación que responde a un uso del poder mucho más legitimado por el orden colectivo de quienes, en su condición genérica de ciudadanos, tienen necesidad

de acceder al poder que se gesta y administra en el espacio público a la vez que espacio de la representación ideológica del Estado: es el ámbito de encuentro y confrontación de la ciudadanía con todo aquello que pertenece y le otorga sentido a los poderes.

Este es el origen de las nuevas ciudadanías disidentes y conscientes de la conflictividad interna que coloca en crisis al sistema de la democracia neoliberal, puesto que la lucha por construir las respectivas identidades socioculturales tiene que darse como consecuencia de un desarrollo de valores, tradiciones, representaciones, sentido común, racionalidad comunicativa, dialéctica de clases, poderes públicos contra hegemónicos, con la intención de ir perfilando como auténticos actores sociales y sujetos emancipados, a los ciudadanos.

Otro tipo de relaciones de fuerzas entre y con las clases subalternas o marginales, que toman como principio de vida la integración con el otro desde el respeto a la diversidad y del compromiso moral de que sin el otro no es posible contrarrestar el poder o dominio de las representaciones ideológicas de la hegemonía (Gogol, 2004).

El discurso contra hegemónico es desideologizador de la representación social de la política de los antagonismos de las clases. El momento de ascenso de las clases subordinadas al escenario público de la participación ciudadana,

permite y crea las condiciones fácticas para que con el uso colectivo del poder se obtenga un resultado efectivo con respecto a la participación directa de sus usuarios en los asuntos públicos del Estado. Interferir en esas relaciones políticas y de consensualidad, que tradicionalmente se han encontrado situadas en los medios o aparatos ideológicos del Estado, nos remite a lo importante y trascendente de este análisis para una mejor comprensión de la representación social que produce el neoliberalismo en su esfuerzo por sostener la legitimidad del discurso hegemónico que no cesa de procurar e implementar los sistemas de control social.

A la imposición de esta estructura represiva de los discursos políticos en su interés por modelar y direccionar en su forma y contenido el poder político en las relaciones sociales del espacio público, urge la respuesta contra hegemónica del pensamiento alternativo en su praxis revolucionaria (Márquez-Fernández & Díaz Montiel, 2005). Hacia el pueblo es que se deben dirigir estas interpretaciones y análisis críticos de los procesos discursivos que sirven de sustento al discurso ideológico de las sociedades neoliberales.

Para poder conformar una filosofía de la praxis que haga viable una propuesta con tal nivel de compromiso para desrepresentar el discurso ideológico, hay que tomar en consideración una praxis decoloniar del imaginario político que se

abre a un escenario contra hegemónico. También, la emergencia de ese sujeto de la praxis revolucionaria debería entenderse como la revelación y manifestación popular del actor social que debe ser el pueblo; se recupera, para el sentido concreto de la política, el significado que retoma el sujeto-pueblo en la construcción de sus propias libertades.

Cada vez más la convocatoria para salirle al paso a la sociedad neoliberal, que amplía su hegemonía por medio de la cibernética en la redes sociales y otras mediaciones discursivas que estructuran represivamente el espacio público, requiere poner en activo un discurso contra hegemónico que esclarezca el ámbito de ambigüedad de la representación social de las ideologías. La función de esa praxis revolucionaria está dirigida expresamente a cuestionar los grados de legitimidad del poder de las ideologías y por supuesto, los niveles de adhesión y filiación con los que las clases dominantes se autoproclaman como el cuerpo social de la reproducción del poder y los medios para su uso.

El valor pragmático del discurso termina por imponerse; sobre todo, cuando el lenguaje con sus palabras y sus símbolos, genera las mediaciones lingüísticas conductoras que dotan de sentido los ejes de la acción ideologizante de la opinión pública, con la expresa finalidad de solicitar la inserción del activista social en los programas o agendas gubernamentales y así poder optimizar el

desarrollo del poder político estatal. Sin embargo, no es precisamente esta la vía del consenso racional y argumentativo que requiere todo diálogo liberador, es más bien el telón de fondo con el que las representaciones ideológicas producen el condicionamiento político para la aceptación del poder del Estado.

La crítica política, puesta en el contexto de dominio que hace posible la reproducción de las representaciones ideológicas, se puede considerar, entonces, como el punto de partida y de retorno de la praxis revolucionaria auténtica y de acción directa sobre los fundamentos normativos de los que el poder deriva su fuerza de control. Es decir, el asunto nos coloca en la situación concreta de los sujetos de poder, éstos que actúan respecto a la fuente de la que el poder emerge, vale decir, el orden legal sobre el nacimiento de la legitimidad del poder

como sucedáneo exclusivo del uso de la política de unos sobre otros.

A este tipo del poder hegemónico del que las clases dominantes, y sus aliados, se valen para poner en circulación en el sistema social las representaciones de la ideología, es que van dirigidas las praxis revolucionarios de los movimientos sociales insurgentes que tratan este asunto tomando en consideración el uso del poder a partir de un sistema ético de relacionalidad de las fuerzas alternativas (Acosta, 2003) Una representación social del diálogo con el otro, sólo puede ser admitida en el contexto de las libertades que necesita la ciudadanía para el reconocimiento del otro y la diversidad de identidades públicas.

La transformación del Estado no será viable de ningún modo si las crisis de la representación social y las formas

democráticas de falsa inclusión en la coestión del poder, permiten continuar legitimando la centralidad del poder de las clases dirigentes. Acá el objetivo concreto de la crítica ideológica y política que se asume desde el pensamiento alternativo liberador que cuestiona el poder del Estado, es delatar puntualmente el ámbito o escenario de las relaciones sociopolíticas que favorecen directamente la reproducción de las representaciones ideológicas que sirven de sustento a la hegemonía neoliberal. La toma del poder por medio de la palabra y el discurso contra hegemónico, ofrece la oportunidad de que el sujeto de la praxis responda desde su situación de vida represiva y reprimida, con la toma de una conciencia libertaria que le hace comprender el sentido oculto de un mundo de vida reducido o cancelado por las alienaciones simbólicas de la realidad.

## Referencias

- Acosta, Yamandú. (2005). *Sujeto y democratización en el contexto de la globalización*. Montevideo: Editorial Nordan-Comunidad.
- Acosta, Yamandú. (2003). *Las nuevas referencias del pensamiento crítico en América Latina. Ética y ampliación de la sociedad civil*. Uruguay: Universidad de la República. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de publicaciones. Serie Tesis de Postgrado en Humanidades (TPH), Vol. II.
- Dierckxsens, Win. (1998). *Los límites de un capitalismo sin ciudadanía. Por una mundialización sin neoliberalismo*. 4ed, San José, Costa Rica: DEI,
- Gallardo, Elio. (1989). *Elementos de política en América Latina*. 2ed., San José, Costa Rica: DEI.
- Hinkelammert, Franz. (2006). *El sujeto y la ley*. 1ed, Caracas: El perro y la Rana, Caracas)
- Hinkelammert, Franz. (1998). *El grito del sujeto*. San José, Costa Rica: DEI.

- Lechner, Norbert.(1999). *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Santiago de Chile: FCE.
- Martín Barbero, Jesús, (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Bogotá: Ediciones Gustavo Gili.
- Márquez-Fernández, Álvaro. (2011). "La crisis hegemónica: revolucionar la política a través de los poderes populares", en *Utopía y praxis Latinoamericana*. Año:16, nº, 53 (Abril-Junio), pp. 107-118.
- Márquez-Fernández, Álvaro y Díaz Montiel, Zulay. (2005). *Transformaciones sociopolíticas recientes en América Latina*. Argentina: Libros en Red.
- Miller, Nchamah; Salazar, Robinson & Valdez Gutiérrez, Gilberto (Edi.). (2006). *Paradigmas emancipatorios y movimientos sociales en América Latina*. Argentina: Elalep.
- Quesada, Fernando (Edi). (1991). *Filosofía Política I. Ideas políticas y movimientos sociales*. Barcelona: Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía. Vol. 13. Trotta.
- Salazar, Robinson; Chávez Alejandra y Ocampo Luis E (Edi). (2007). *Voces y letras en insumisión. Movimientos sociales y reflexiones sobre América Latina*. Argentina: Elaleph.
- Gogol, Eugene. (2004). *El concepto del otro en la liberación latinoamericana*. México: Casa Juan Pablos.